

AUNQUE NO TE LO CREAS, SER UNIVERSITARIO SÍ SIRVE PARA EVITAR EL PARO

POR *Borja Ventura* ILUSTRACIONES *Forma & Co*

Pedro se levanta temprano y, como cada mañana, se pone una taza de café con leche, se despereza, se rasca mientras arranca el ordenador y, tras pasar un rato leyendo la prensa, viendo el mail y cotilleando las actualizaciones de Facebook, hace lo de siempre: la monótona rutina de consultar una a una las webs de empleo para volver a probar suerte. Ninguna respuesta.

Como él está Silvia, que también se derrumba en la silla delante del ordenador, aún con pijama y el pelo revuelto, navegando por LinkedIn, Infojobs y un sinfín de páginas que son primas hermanas. Él tiene dos carreras; ella, una y un máster. Los dos hablan otros idiomas. A ambos les riñe su madre, a pesar de que rondan la treintena, precisamente por seguir con el pijama puesto a estas horas de la mañana. Continúan en la casa donde nacieron, como si no hubiera pasado el tiempo desde su infancia.

Son dos ejemplos cualesquiera de los huérfanos de la crisis, esa supuesta generación mejor preparada de la historia que se ha quedado descolgada en medio de la nada.

Historias como las suyas son las que alimentan la idea de que la universidad no vale para nada, que es mucho más sencillo encontrar un trabajo técnico, que en España sobra mano de obra sobrecualificada y que ni siquiera, cuando se supere la crisis, ese excedente podrá superarse. Pero ¿qué parte de todo eso es cierta?

En ese punto de inflexión social que se ha vivido en estos años entran muchos factores, y uno de ellos es el del cambio de concepción de la universidad: pasó de ser algo reservado a los mejores a convertirse en algo al alcance de todos. Quien no llegaba a la universidad poco menos que era idiota. Eso, que es un gran paso en materia de igualdad

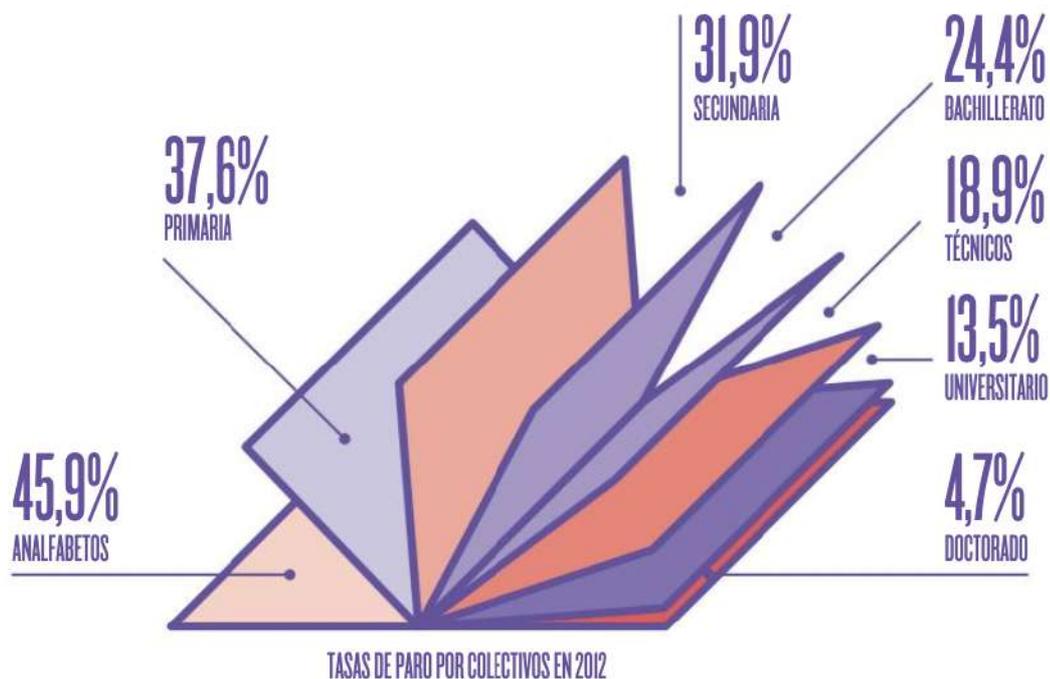
ciudadana, es también una desventaja competitiva importante. También interviene en esto la fisonomía del país: en España hay poca —y maltrecha— investigación, escasa industria y demasiado negocio subsidiario. Entre el turismo y la construcción se ha repartido parte importante del capital nacional, aunque la inmensa mayoría del tejido empresarial patrio lo formen pequeñas pymes con mucha burocracia y pocas ayudas.

Y entonces llegó la crisis. No fue la población en aumento, ni tampoco la inmigración masiva en poco tiempo, ni las casi noventa universidades repartidas por todo el país escupiéndole mano de obra cualificada y con grandes expectativas creadas producto de su educación. Fue todo eso junto, sumado a que estalló la burbuja de la construcción y desapareció gran parte de la oferta laboral. Más ciudadanos activos pero menos trabajo: un cóctel explosivo.

Entonces todos esos estudiantes que dejaron primaria y secundaria para dedicarse a trabajos de baja cualificación, pero pagados a precio de oro, invadieron la calle. Y todos esos que continuaron estudiando para encontrar trabajo acorde a su preparación encontraron algo muy distinto: o trabajos para los que no necesitaban tanta preparación o nada.

¿Vale la pena la universidad, entonces? Con los datos en la mano, sí. Según el INE, a mayor preparación académica menor exposición al paro. Esto, que parece de perogrullo, es en verdad sorprendente: el mito de que la universidad es una fábrica de parados y que otro tipo de profesiones técnicas tienen mayor salida ha calado hondo por culpa de la crisis.

En concreto, según los datos anuales desestacionalizados de la EPA, a pesar de que el número de universitarios ha crecido ininterrumpidamente desde 2005 (en 2012 había



unos 6,6 millones de españoles con estudios superiores por los 5,4 de siete años antes), la tasa de paro en el colectivo es del 13,5%. Alta, sí, pero muy baja comparada con la del resto: el 45,9% de los analfabetos estaba en paro en 2012, igual que el 37,6% de los que solo tenían estudios de primaria, el 31,9% de los que tenían estudios de secundaria, un 24,4% de los que se quedaron en bachiller o el 18,9% de los que hicieron FP o estudios técnicos. De hecho, solo entre los doctores, el escalafón educativo más alto de todos, la tasa de paro era menor: un 4,7%.

Dicho de otra forma, cuanta más preparación, menos paro. Entonces, ¿de dónde viene esta creencia tan generalizada? Posiblemente de que el incremento del paro entre personas con estudios superiores afectó, sobre todo, a los recién licenciados.

De hecho, el incremento numérico en estos siete años que separan la bonanza de la zozobra es similar entre universitarios parados y ocupados: ambas cifras han crecido más o menos en medio millón entre 2005 y 2012. En aquel año había unas 203.000 personas con estudios universitarios en el paro que se convirtieron en 2012 en unos 735.000 (es decir, unos 480.000 más). En 2005 había en ese mismo grupo académico 4,1 millones de ocupados, pasando a ser unos 4,7 millones en 2012, lo que representa un incremento de unos 533.000.

¿Quiere decir eso que entre los universitarios el número de parados y trabajadores ha crecido a la par? En números absolutos, sí; pero en porcentaje, no: en esos siete años hay un 12,8% más de ocupados... por un 150,8% más de parados entre los universitarios, una cifra dramática compuesta en su gran mayoría por quienes han ido terminando sus estudios y no han podido empezar a trabajar.

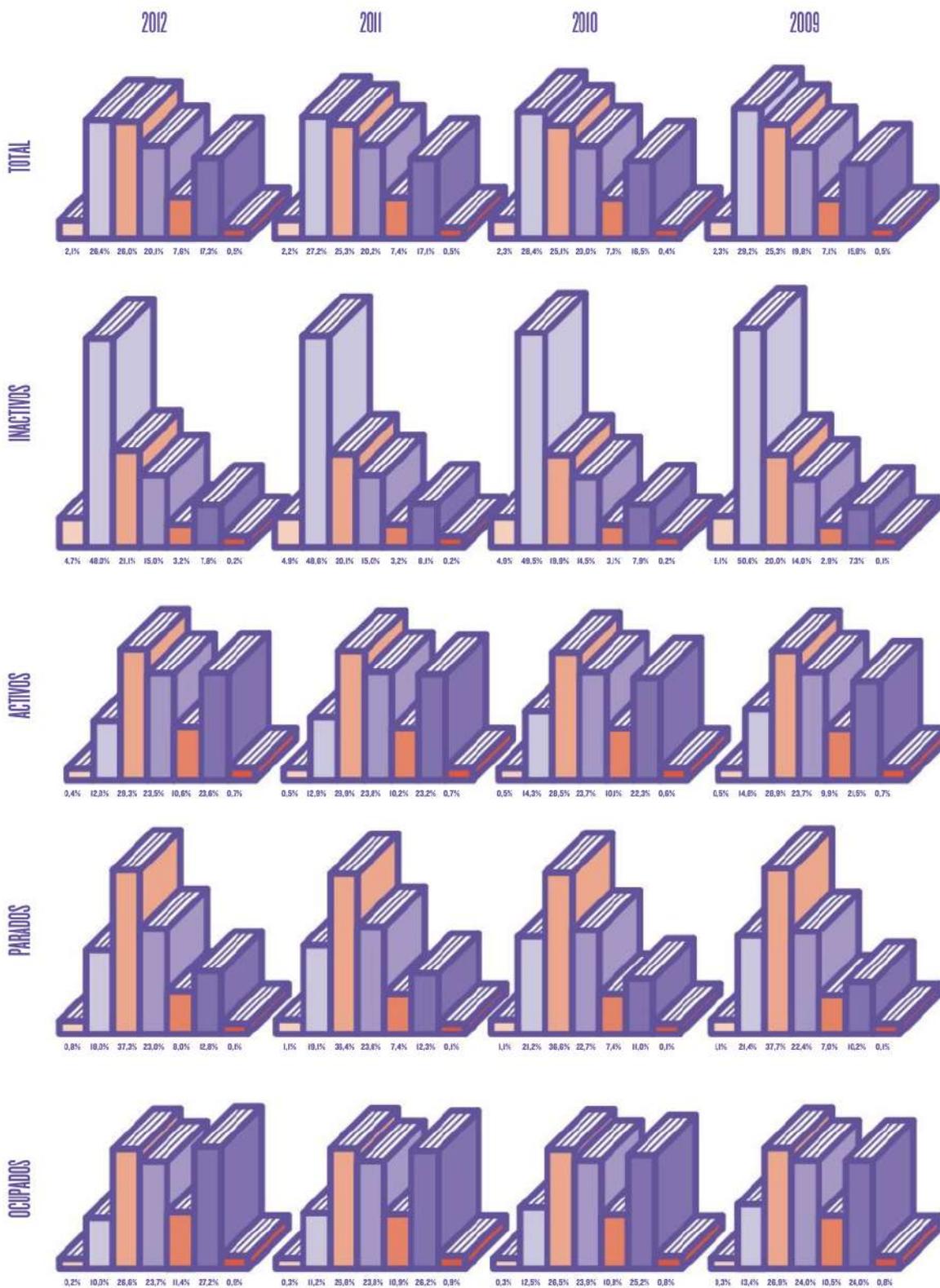
Aunque dramática, la cifra supone la menor entre todos los incrementos registrados entre los distintos grupos académicos. Otro punto para los universitarios.

Atendiendo a los números, titulados superiores y doctores no son solo los que menor tasa de paro presentan, sino también los que menor crecimiento han registrado. Así, los analfabetos en desempleo desde 2005 han aumentado un 180,8%; quienes solo tienen estudios de primaria y no trabajan han crecido un 177,8%; los que solo tienen los de secundaria, un 223,3%; quienes tienen solamente los de bachillerato, un 220,6%; y aquellos que hicieron FP o una formación técnica, un 213,8% más de parados. Incluso en los doctores ha aumentado el porcentaje de desempleados más que en el colectivo de universitarios: un 239,1%.

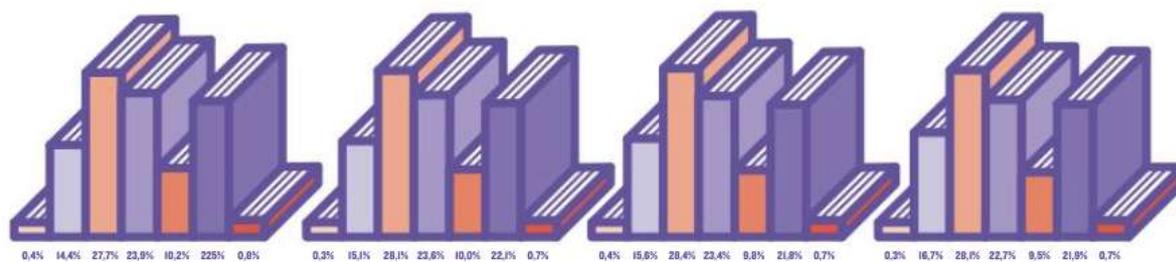
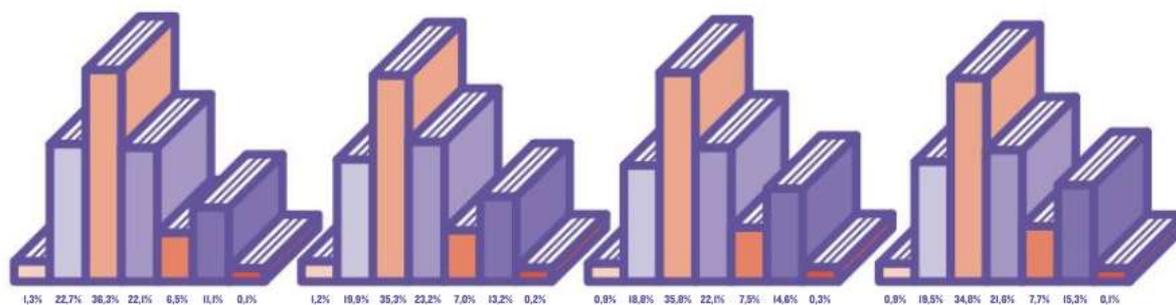
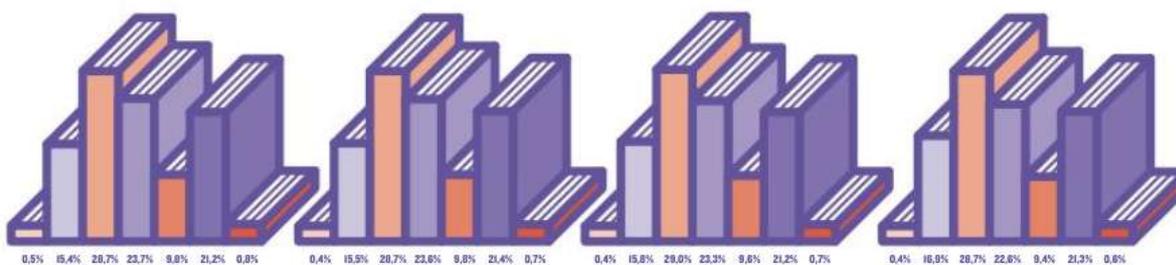
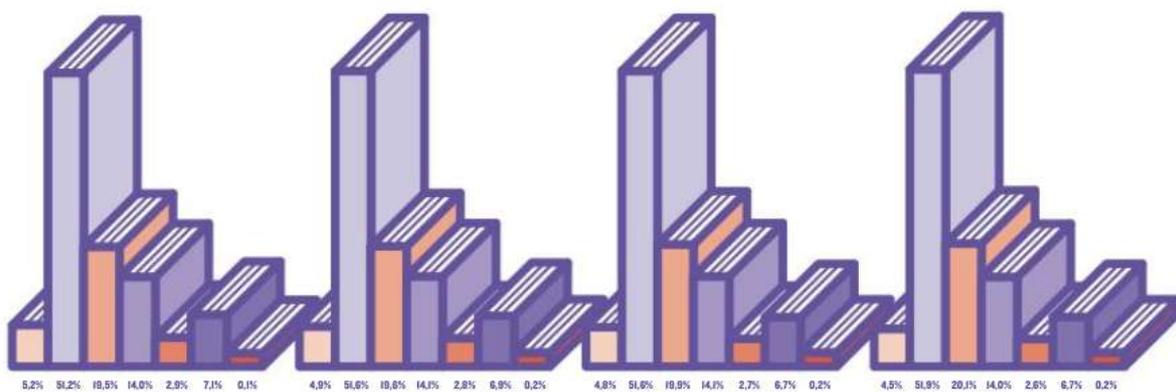
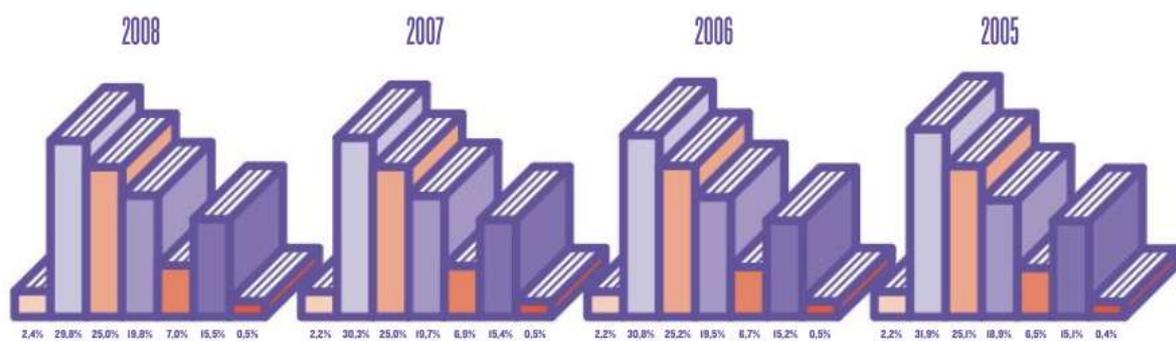
Pedro ha oído mil veces la historia de cómo aquel compañero del colegio, el típico pegón que repetía sin cesar y que acabó ganando más de tres mil euros al mes trabajando de encofrador y sin estudios. Ahora está como él, parado y en casa, solo que con un BMW en la puerta de aquella época cuando las cosas iban mejor. Se dedica a quitarle el polvo porque no tiene ni para la gasolina.

Silvia da clases particulares a la hija de una compañera suya que dejó el instituto para meterse a peluquera. Cobra en negro por intentar enderezar a una chiquilla que, con apenas ocho años, ha tenido que vivir el desahucio de su casa porque no podían afrontar la hipoteca.

El reto de su alumna, antes que el del paro, será otro: hacer frente a otros datos menos halagüeños en lo que a educación se refiere, los de la OCDE, que ponen a España a la cola de los medidores internacionales de comprensión lectora y cálculo. Pero esa ya es otra historia.



LA ESCOLARIZACIÓN EN DATOS



ANALFETOS
 PRIMARIA
 SECUNDARIA
 BACHILLERATO
 TÉCNICOS
 UNIVERSITARIO
 DOCTORADO